858
A
PQ4683
.A3
H68

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REY"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona

Horas de Recreo

PROEMIO

A los lectores españoles

Deseando dar algún descanso a mi fatigada mente, aunque sin entregarme á la holganza, después de un largo y pesado trabajo intelectual, acordéme en el acto del ilustre higienista Pablo Mantegazza, según el cual, cuando un escritor ha terminado una obra larga y pesada, debiera siempre, y al momento, emplear en escritos ligeros «la energía que se ha acumulado en su cerebro», en vez de dejarla perder, como cuasi todos hacen, en un reposo infecundo.

Así descansaba, sin holgar, y recreábame pensando en el fruto de mi labor durante el trascurso de un año, y tra-

yendo á mi memoria asunto por asunto y argumento por argumento, cuando acudió á mi mente el recuerdo de los siguientes artículos, á los que, por lo mismo, les dí el título de «Horas de recreo».

El volúmen no tiene otra unidad que la del período de tiempo en el cual lo compuse, y en los escritos que contiene no hay otra conexión que la del fin, puramente subjetivo, con cuyos conceptos los he concebido y desarrollado.

Por esta razón dudé algún tanto cuando me fué cortésmente propuesto el recopilarlos y presentarlos traducidos al público español. Mi sentimiento parecíame un acto de audacia. Consentí al fin. Mas, ¿por efecto de qué consideraciones? Decirlo es mi deber.

Las consideraciones fueron muchas y de diversa naturaleza; obedecieron á cuatro dudas distintas que agitaron mi ánimo.

A la primera duda, mirando el valor intrínseco de estos breves escritos sueltos y de índole ligera, opuse la consideración siguiente: Los escritos breves, de cualquier argumento entretenido ó recreativo, tienen generalmente una superioridad sobre los trabajos largos del mismo escritor: la de ser más substanciosos y tener menos defectos.

Un libro se escribe cuasi siempre pasando á través de varios estados de ánimo y de la mente, que no son todos favorables á la inspiración; á través de períodos de cansancio, de tristeza, de distracción, en los cuales el trabajo resulta necesariamente forzado, hecho bajo el imperio exclusivo de la voluntad, por deseo inquieto de llegar al fin ó de librarse de la esclavitud tormentosa de un pensamiento único: nunca por impulso expontáneo de la facultad creadora. Por esto hay en toda obra larga, aún cuando haya sido concebida con entusiasmo y cuidada con amor, incertezas, languidez, errores de proporción escapados á la facultad autocrítica, la cual, si desea ejercitarse demasiado largamente sobre un mismo asunto, se obscurece al igual

que la vista cuando se fija demasiado tiempo sobre un mismo punto.

Los trabajos breves, al contrario, son hechos casi por entero bajo el soplo de la primera inspiración, que no tiene tiempo de agotarse; la mente, abarcando con facilidad todo el asunto ó diseño, armoniza con arte más seguro las diversas partes con la necesidad de constreñir la materia en pocas páginas, excluye la superfluidad y las repeticiones; la idea de la proximidad del fin hace preceder al escritor con mayor valentía y más ligeramente; el pensamiento en la brevedad misma de su escrito, destinado á una revista ó á un diario, lo substraerá á la tortura de la crítica, le da un sentimiento de libertad, una desenvoltura valiente y graciosa, que en el libro muchas veces le faltan, y de ahí una agilidad y una frescura mayor de estilo, algo más juvenil y más ingénuo, donde su originalidad se muestra con más clara evidencia.

Posible es que vele mi juicio, el sentimiento que hace preferir en los padres á los hijos más pequeños. Puede también que yo prefiera estos mis breves escritos, porque no me costaron ni fatiga ni sacrificios, y porque fueron librados de la crítica y, no recogidos ó reunidos en un volumen, llevan todavía por la Italia la vida vagabunda y libre de los niños selváticos.

Sin embargo, escrutando mi conciencia artística, paréceme no amarles con un afecto ciego. Pocas otras cosas he escrito con igual placer, con tan alegre expontaneidad; de pocas otras me siento tan satisfecho, por lo especioso de la sencillez y la precisión de la forma que en ellas campea; y no lo estoy, sobre todo, de ninguna otra página, como de las últimas que dedico á los niños, por haber expresado en ellas tan sincera y plenamente el afecto más dulce y más sereno de mi alma.

La segunda duda que me asaltó, fué que la mayor parte de los asuntos, tratados en Italia y tratados para lectores italianos, no podían resultar interesantes, por la diversi-

dad de su índole y de las costumbres nacionales, al público español.

Mas, reflexionando, me libré también de esta duda. Veamos cómo.

En medio del público, es un estudio descriptivo y psicológico sobre la manera de andar del hombre y de la mujer. Pero la relación que existe entre el modo de caminar y el estado de ánimo y carácter de la persona, es un hecho igualmente cierto en todos los pueblos. ¡Quién sabe á cuantos de la brillante pléyade de jóvenes escritores de España se les habrá ocurrido la idea de un estudio más vasto y más profundo acerca del mismo asunto!

Si en el capítulo de mi libro sobre la manera de andar de los hombres ilustres, sustituimos los nombres italianos por nombres españoles, y en el último se suplanta el lugar del monte de los Capuchinos por la torre de la Giralda de Sevilla, la altura de la Alhambra de Granada ó una torre de la catedral de Santa Eulalia de Barcelona, puede también parecer que el estudio ha sido hecho en cualquiera de estas ciudades españolas.

Entre niños.—¿Qué diferencia puede haber entre nuestros niños y los vuestros? Recuerdo bien que al discurrir por el Paseo de Gracia (Barcelona) ó por Recoletos (Madrid), parecíame ver los mismos rostros del paseo del Valentino de Turín y del paseo *delle Cascine* de Florencia; en los asilos de niños y en las escuelas elementales de Cataluña y de Castilla, se encuentran ciertamente los mismos tipos; se revelan y manifiestan, sin duda, las mismas escenas que he descrito en Italia, y seguro estoy que no hay maestro ó maestra de la península ibérica que no haya hecho de los diversos caractéres de sus pequeños alumnos una gran parte de las observaciones que yo hice sobre los escolares italianos.

Entre muñecas.—Si para tratar este asunto hubiese tomado mis apuntes en un bazar de muñecas de la calle de Alcalá, hubiera tal vez escrito algunas pocas variaciones

en la undécima página de mi libro, que me procurasen el regalo de un muñeco y la gratitud imperecedera del ilustre Bonini.

Entre fantoches.—No sé si habrá en España un teatro de *marionetas* tan célebre como el de los hermanos Lupi; al menos no recuerdo haber visto anunciado ninguno, pero si recuerdo bien que un titerero simbolizó el Don Quijote en la representación del *señor don Gaiferos y su esposa Melisandra*, remedándolo en la manera de hacerle desenvainar la espada en defensa del protagonista perseguido, y he leído que en 1551, en el monasterio de Yuste, un volatinero italiano distrajo los ocios melancólicos del emperador Carlos V; y por último, me consta que otros saltimbanquis de mi país estuvieron en boga después de aquel en las principales ciudades de España, con teatro abierto y pomposo.

Ahora bien; todo esto considerando, no argumento que en los niños españoles del siglo XIX puede haberse apagado del todo aquella afición por la pequeña humanidad de papel cartón, que todavía proporciona la primera emoción dramática á los sobrinos lejanos del Dante.

Entre pelotaris.—Aunque en España no existe el juego del *pallone*, que en su curso antiguo, á lo largo del litoral mediterráneo, parece haberse detenido en los Pirineos, existe empero el juego de la pelota, que inútilmente se ha intentado implantar en la Argentina; y aunque los dos juegos, que tuvieron un origen común, sean en la táctica y en la técnica algún tanto diversos, yo creo que en el campo de la pelota arden las mismas pasiones, figuran los mismos tipos de jugadores, de apostadores, de aficionados, suceden ú ocurren las mismas escenas cómicas y los mismos contrastes apasionados que en el juego de Turín.

Entre poetas.—Aunque el autor del «Viaje de la Tierra á la Luna» y el creador de *Rabagás*, son muy conocidos sobre el Ebro y sobre el Tajo, cierto estoy de que no lo son menos sobre el Arne y sobre el Pó; y quién sabe á cuántos

de vuestros amables poetas amorosos hicieron llegar el estro de la diosa de la poesía, que hizo rebosar del corazón, como un surtidor de fuego, la primera composición poética que los hizo célebres. ¡Ellos escalaron, al fin, las gradas del Capitolio!

Entre chalets y entre nubes.—Discurriendo por las animadas calles de la encantadora exposición de Ginebra, recuerdo haber oído exclamar cien veces en torno mío:—¡Qué bonito!—¡Qué lindo!—y haber visto al volverme unos bellísimos ojos negros que por un momento me transportaban á la Rambla de la condal ciudad ó al salón del Prado de la villa y corte de España; y en cuanto á la ascensión en globo, tengo motivos para suponer que muchos padres íberos, por complacer á su adolescente prole, habrían pasado el mismo terrible cuarto de hora que yo he pasado metido en el cesto del aerostato. De todos modos, al que todavía no la haya experimentado, podrá mi capítulo servirle de saludable advertencia.

Mi tercera duda fué esta. En los escritos breves más que en los largos, y, sobre todo, en los de naturaleza disertatoria y descriptiva, en que falta el interés de la acción, tienen grandísima importancia el estilo y el lenguaje. A darle al uno y al otro la mayor eficacia, empleo el mayor esfuerzo que mi pobre cerebro me consiente. Hago un estudio atento y continuo para conseguir que el estilo resulte como una música viva y acariciadora, sin desentonos, pero sin monotonía, que lleve el pensamiento como una corriente lleva una nubecilla; la estructura del período la compongo de manera que encierre y apoye, sin esfuerzo aparente, y presente en conjunto á la mirada intelectual del lector, la mayor cantidad posible de conceptos y de imágenes; esfuérzome en dar á la expresión de toda idea un colorido que alguna vez es difuso sobre el período entero, y otras veces resulta con un solo vocablo, vocablo determinado y único, al que no puede substituir otro, sin

que todo el período se descolore y la idea misma se desvanezca.

Con este intento fijo, estimulado sin descanso por un deseo punzante, reconstruyo diez veces, con la paciencia de un mosaista, una media página; busco un verbo ó un adjetivo durante media jornada, y después de haber quedado contento de mi labor, guárdola para el día siguiente, á fin de volver á empezar por la noche; y cuando en todas las páginas he hecho este trabajo y todo me parece completo, tomo la pluma y vuelvo todavía á caza de todas las junturas dificultosas, de todas las excrecencias, de todas las arrugas, manchas y sombras de estilo y de lenguaje, hasta que la mente se me enturbia y renuncio á la empresa, por desesperada.

Mas, de todo este trabajo, de todas estas sutilezas, ¿qué queda en una traducción, aunque sea hecha con la más escrupulosa diligencia y el más exquisito cuidado de un perfecto conocedor de las dos lenguas? ¡Ay de mí! Resta bien poco. El más hábil traductor está expuesto, por la naturaleza y por las leyes del idioma propio, á destrozar ciertos períodos, á romper la harmonía de ciertas frases, á substituir aquí una perifrasis floja, débil, un epíteto vigoroso que en su lengua no existe, á cambiar allí una esfermatura delicada por una nota de color demasiado fuerte, alguna vez á omitir, porque no puede traducirse, otra á añadir porque no puede aclararse, y no raramente también á mudar, á rehacer la estructura de una página entera, la cual, traducida literal y fielmente, resultaría de una sintáxis deforme, que no regiría uso ó regla gramatical.

Ahora bien; ¿qué atractivo quedará en español á estos mis escritos, cuya poesía principal—si hay en ellos alguna poesía—es la forma? Esta es la duda que mayormente me tiene perplejo.

Pero cedí también á esto, entregándome á un segundo orden de pensamientos.

La traducción,—pensé,—hace perder mucho valor al

original, pero en cambio oculta también muchos defectos. Aplicada á ciertos escritos, hace el efecto que en ciertos cuadros produce un velo transparente.

El que lee una obra traducida, si del autor tiene alguna precedente estima, lee con el espíritu abierto á muchas suposiciones é interpretaciones favorables; suspende muchas veces la crítica, dudando si debe culpar al original ó á la traducción; tiene en cuenta con la imaginación lo que vé perdido en el paso de un idioma á otro, y con la imaginación se hace colaborador del que traduce.

En suma: el escritor traducido es para el lector lo que es para nosotros todo viajero extranjero; un huésped nuestro, que se ingenia en hablar nuestro idioma; él no expresa perfectamente su sentimiento y sus pensamientos, pero nosotros suplimos con un esfuerzo de la mente, la insuficiencia de su palabra, las deficiencias de lenguaje, procurando penetrar en su cerebro y en su corazón, á través de la impropiedad ú obscuridad de su extraña lengua, y la idea precisamente de la disminución que aquellas sufren en su esencia á la faz nuestra, por el hecho de no poderse expresar con claridad, hace que le concedamos expontáneamente y con mayor liberalidad, la benevolencia y la estima que pide.

Una última duda se me ocurre aún, al pensar en los muchos libros que han sido ya traducidos á vuestro idioma; duda que lleva á mi ánimo el temor de si el traducir todavía uno más, no será confiarse, con imperdonable temeridad, á la benevolencia del público español.

Las consideraciones que me hacen pasar, también, sobre esta última duda y rechazar mi natural temor, no me atrevo á exponerlas, porque temo así mismo que sean las únicas que pudieran parecer no razonables. Sin embargo, haré aquí expresión del sentimiento que me produce la benevolencia del público español; sentimiento que llena mi corazón de inefable dicha y busca una vía de salida desde muchos años há.

Esa benevolencia de que gocé en el pasado, y de la que continuamente llegan hasta mí tantas amables manifestaciones, es una de las más preciadas glorias, uno de los más dulces consuelos de mi vida. Pensad que estaba muy lejos de esperarla cuando, veintiséis años hace, salí de Italia por primera vez, á recorrer sólo y desconocido vuestro bello país, en el que feliz me sentí siempre, mientras brillaba en el límpido y azulado firmamento el sol; pero casi siempre entristecido en mi soledad, cuando cerraba la noche, y, sin consuelo por no poder realizar mis propósitos de escribir un día las mil bellezas que admiraba, porque la sola idea de la comparación con tantos escritores ilustres de España, de los cuales sabíame de memoria las más bellas páginas, infundíame un espanto desesperado.

¡Cuán feliz considerariame hoy, si hubiese previsto que aquel libro que osé apenas acariciar en la fantasía como un sueño, pudiera hoy tener, de haberle escrito, una benévola acogida por mis lectores, que perdonarían sin duda sus infinitas lagunas, sus ligerezas y miserias, en gracia á la sinceridad del afecto y del entusiasmo juvenil que lo animaran!

¡Cómo me palpitara el corazón de alegría, si hubiese podido prever que había de llegar un día en que, á la noble y hermosa lengua cervantesca, á aquella bella lengua que yo andaba estudiando con tanto amor entre los plebeyos castellanos, y que tanto anhelé hablar, preparándome todas las noches las frases para el siguiente día, habian de ser traducidas con cuidado diligente y amoroso todas mis pobres obras!

¡Con qué alegría y con qué altivez hubiera alzado la frente, si un presentimiento del porvenir me hubiera advertido que de aquellas ciudades desconocidas, en las que tanto me pesaba la noche, rindiéndome pensativo y melancólico, buscando en vano un amigo y recordando la patria lejana, habría de recibir tantos saludos de amis-

tad, tantas cariñosas palabras de simpatía, tantos augurios fraternales de almas gentiles!

Por esto es que, después de más de un cuarto de siglo, mi alma se restituye todavía á España, más à menudo que á ningún otro país de los que he visitado de cerca, y por esto también que, después de la Italia, sea esa la tierra de la que más halagüeño me es recordar, con el pensamiento, los entusiasmos y los sueños de mi juventud.

Y si el afecto y la gentileza no me la recordaran á cada momento, llevaríanla de continuo á la mente cien imágenes esparcidas en mi gabinete de estudio. En la pared y testero de enfrente á mi escritorio veo las cúpulas salientes y las columnas graciosas del *Patio de los Leones*, de la Alhambra, que parece que me envían un reflejo del sol sobre los papeles; en la pared opuesta hállanse sujetos y cruzados puñales de Toledo y navajas de Albacete; vése en otra parte un cuadro grande, en el que se extienden en forma de abanico y están representados confusamente, tipos y costumbres de aldeanos de Valencia, figuras de toreros, vistas de Madrid y de Córdoba, retratos de políticos y de escritores de toda la región de Bilbao á Cádiz; en una mesa redonda de centro hace de tapete una manta granadina; y á mi derecha, al alcance de mi mano, sobre un estante cargado de libros encarnados, brillan los nombres dorados de vuestros poetas, á quienes restituyo mi ardiente simpatía cada vez que se me reviven en el alma los recuerdos y las emociones de mi primer viaje, como si rebuscase en sus versos un soplo de mi juventud y tornase á escuchar la voz de vuestra patria.

Así, pues, vé también tú, pobre y ultimogénito libro mío, vé á reunirte con tus hermanos en la tierra que tanto amo, y de cualquier modo que te veas acogido, ríndele el saludo amoroso y reverente, y haz la expresión de la gratitud infinita que por ella siente tu padre

EDMUNDO DE AMICIS.

LIBRO PRIMERO

En medio del público

Así va el mundo
ó
Cómo anda la humanidad

Lo que un célebre escritor dice del estilo,—«el estilo es el hombre»—puede decirse, también, aunque no tan en absoluto, del modo de andar.

El hombre resuelto, el hombre de naturaleza ardiente y apasionada, ó el de índole y temperamento pacífico, tienen ordinariamente un modo propio de andar, en el que la manera de mover la cabeza ó el busto concuerda con los gestos, y los pasos rápidos, descompuestos ó lentos corresponden á las gesticulaciones con que cada cual suele acompañar, no caminando, la expresión hablada de su ánimo;